
Historia de un Peso Falso

Manuel Gutiérrez Nájera

textos.info

Libros gratis - biblioteca digital abierta

Texto núm. 6121

Título: Historia de un Peso Falso

Autor: Manuel Gutiérrez Nájera

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 13 de diciembre de 2020

Fecha de modificación: 13 de diciembre de 2020

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Historia de un Peso Falso

¡Parecía bueno! ¡Limpio, muy cepilladito, con su águila, a guisa de alfiler de corbata, y caminando siempre por el lado de la sombra, para dejar al sol la otra acera! No tenía mala cara el muy bellaco, y el que sólo de vista lo hubiera conocido no habría vacilado en fiarle cuatro pesetas. Pero... ¡crean ustedes en las canas blancas y en la plata que brilla! Aquel peso era un peso teñido: su cabello era castaño, de cobre, y él, por coquetería, porque le dijeran: «Es usted muy Luis XV», se lo había empolvado.

Por supuesto, era de padres desconocidos. ¡Estos pobrecitos pesos siempre son expósitos! A mí me inspiran mucha lástima, y de buen grado los recogería, pero mi casa, es decir, la casa de ellos, el bolsillo de mi chaleco, está vacío, desamueblado, lleno de aire, y por eso no puedo recibirlos. Cuando alguno me cae, procuro colocarlo en una cantina, en una tienda, en la contaduría del teatro, pero hoy están las colocaciones por las nubes y casi siempre se queda en la calle el pobre peso.

No pasó lo mismo, sin embargo, con aquel de la buena facha, de la sonrisa bonachona y del águila que parecía de verdad. Yo no sé en dónde me lo dieron, pero sí estoy cierto de cuál es la casa de comercio en donde tuve la fortuna de colocarlo, gracias al buen corazón y a la mala vista del respetable comerciante cuyo nombre callo por no ofender la cristiana modestia de tan excelente sujeto, y por aquello de que hasta la mano izquierda debe ignorar el bien que hizo la derecha.

Ello es que, como un beneficio no se pierde nunca, y como Dios recompensa a los caritativos, el generoso padre putativo de mi peso falso no tardó mucho en hallar a otro caballero que consintiera en hacerse cargo de la criatura. Cuentan las malas lenguas que este rasgo filantrópico no fue del todo puro; parece que el nuevo protector de mi peso (y téngase entendido que el comerciante a quien yo encomendé la crianza y educación del pobre expósito era un cantinero) no se dio cuenta exacta de que iba a hacer una obra de misericordia, en razón de que repetidas libaciones habían oscurecido un tanto cuanto su vista y entorpecido su

tacto. Pero, sea porque aquel hombre poseía un noble corazón, sea porque el coñac predispone a la benevolencia, el caso es que mi hombre recibió el peso falso, no con los brazos abiertos, pero sí tendiéndole la diestra. Dio un billete de a cinco duros, devolviole cuatro el cantinero, y entre esos cuatro, como amigo pobre en compañía de ricos, iba mi peso.

Pero, ¡vean ustedes cómo los pobres somos buenos y cómo Dios nos ha adornado con la virtud de los perros: la fidelidad! Los cuatro capitalistas, los cuatro pesos de plata, los aristócratas, siguieron de parranda. ¡Es indudable que la aristocracia está muy corrompida! Éste se quedó en una cantina; ése, en La Concordia; aquél, en la contaduría del teatro... ¡Sólo el peso falso, el pobretón, el de la clase media, el que no era centavo ni tampoco persona decente, siguió acompañando a su generoso protector como Cordelia acompañó al rey Lear. En La Concordia fue donde lo conocieron; allí le echaron en cara su pobreza y no le quisieron fiar ni servir nada. La última moneda buena se escapó entonces con el mozo (no es nuevo que una señorita bien nacida se fugue con algún pinche de cocina), y allí quedó el pobre peso, el que no tenía ni un real, pero sí un corazón que no estaba todavía metalizado, acompañando al amparador de su orfandad, en la tristeza, en el abandono, en la miseria!... ¡Lo mismo que Cordelia al lado del rey Lear!

¡De veras enternecen estos pesos falsos! Mientras los llamados buenos, los de alta alcurnia, los nacidos en la opulenta Casa de Moneda llevan mala vida y van pasando de mano en mano como los periodistas venales, como los políticos tránsfugos, como las mujeres coquetas; mientras estos viciosos impenitentes trasnochaban en las fondas, compran la virtud de las doncellas y desdeñan al menesteroso para irse con los ricos, el peso falso busca al pobre y no lo abandona, a pesar del mal trato que éste le da siempre; no sale, se está en su casa encerradito; no compra nada, y espera, como solo premio de virtudes tan excelsas, el martirio; la ingratitud del hombre; ser aprehendido, en fin de cuentas, por el gendarme sin entrañas o morir clavado en la madera de algún mostrador, como murió san Dimas en la cruz. ¡Pobres pesos falsos! A mí me parten el alma cuando les veo en manos de otros.

El de mi cuento, sin embargo, había empezado bien su vida. ¡Dios lo protegía por guapo, sí, por bueno, a pesar de que no creyera el escéptico mesero de La Concordia en tal bondad; por sencillo, por inocente, por honrado! A mí no me robó nada; al cantinero, tampoco, y al caballero que

le sacó de la cantina, en donde no estaba a gusto, porque los pesos falsos son muy sobrios, le recompensó la buena obra, dándole una hermosa ilusión: la ilusión de que contaba con un peso todavía.

Y no sólo hizo eso... ¡ya verán ustedes todo lo que hizo!

El caballero se quedó en la fonda meditabundo y triste, ante la taza de té, la copa de burdeos, ya sin burdeos, y el mesero que estaba parado enfrente de él como un signo de interrogación. Aquella situación no podía prolongarse. Cuando está alguien a solas con una inocente moneda falsa, se avergüenza como si estuviera con una mujer perdida; quiere que no lo vean, pasar de incógnito, que ningún amigo lo sorprenda... Porque serán muy buenas las monedas falsas... ¡pero la gente no lo quiere creer!

Yo mismo, en las primeras líneas de este cuento, cuando aún no había encontrado un padre putativo para el peso falso, lo llamé bellaco. ¡Tan imperioso es el poder del vulgo!

Todavía el caballero, en un momento de mal humor que no disculpo en él, pero que en mí habría disculpado, luego que quitaron los manteles de la mesa, golpeó el peso contra el mármol, como diciéndole: «¡A ver, malvado, si de veras no tienes corazón!». ¡Y vaya si tenía corazón! Lo que no tenía el infeliz era dinero.

El caballero quedó meditabundo por largo rato. ¿Quién le había dado aquel peso? Los recuerdos andaban todavía por su memoria, como indecisos, como distraídos, como soñolientos. Pero no cabía duda: ¡el peso era falso! Y lo que era peor, ¡era el último!

Su dueño, entonces, se puso a hacer, no para uso propio, todo un tratado de moral:

«La verdad es —se decía— que yo soy un badulaque. Esta tarde recibí en la oficina un billete de a veinte. Me parece estarlo viendo... Londres-México... el águila... don Benito Juárez... y una cara de perro. ¿Dónde está el billete?

»En los zarzales de la vida,
deja alguna cosa cada cual: la oveja,
su blanca lana; el hombre, ¡su virtud!

»Y lo malo es que mi mujer esperaba esos veinte. Yo iba a darle quince... pero, ¿de dónde cojo ahora esos quince?».

El caballero volvió a arrojar con ira el peso falso sobre el mármol de la mesa. ¡Por poco no se le rompió al infortunado el águila, el alfiler de la corbata! La única ventaja con que cuentan los pesos falsos es la de que no podemos estrellarlos contra una esquina.

¡A la calle! La esmeralda, que ya no baila sobre tapiz oriental ni toca donairosamente su pandero; la pobre Esmeralda que está ahora empleada en la esquina de Plateros y que, como los antiguos serenos, da las horas, mostró a nuestro héroe su reloj iluminado: eran las doce de la noche.

A tal hora no hay dinero en la calle. ¡Y era preciso volver a casa!

Le daré a mi mujer el peso falso para el desayuno, y mañana... ¡veremos! ¡Pero no! Ella los suena en el buró, y así es seguro que no me escapo de la riña. ¡Maldita suerte!...

El pobre peso sufría en silencio los insultos y araños de su padre putativo, escondido en lo más oscuro del bolsillo. ¡Solo, tristemente solo!

El caballero pasó frente a un garito. ¿Entraría? Puede ser que estuviera en él algún amigo. Además, allí lo conocían... hasta le cobraban de cuando en cuando sus quincenas... Cuando menos, podría abrir los créditos por cinco duros... Volvió la vista atrás y entró de prisa como quien se arroja a la alberca.

El amigo cajero no estaba de guardia aquella noche, pero, probablemente, volvería a la una. El caballero se paró junto a la mesa de la ruleta. No sé qué encanto tiene esa bolita de marfil que corre, brinca, ríe y da y quita dinero, pero, ¡es tan chiquitina!, ¡es tan mona!, ¡se parece a Luisa Théo! Los pesos en columnas se apercibían a la batalla formada en los casilleros del tapete verde. ¡Y estaba cierto nuestro hombre de que iba a salir el 32! ¡Lo había visto! ¿Pondría el peso falso?... La verdad era que aquello no era muy correcto... Pero, al cabo, en esa casa lo conocían... y... ¡cómo habían de sospechar!

Con la mano algo trémula, abrió la cartera como buscando algún billete de banco (que, por supuesto, no estaba en casa), volvió a cerrarla, sacó el peso, y resueltamente, con ademán de gran señor, lo puso al 32. El

corazón le saltaba más que la bola de marfil en la ruleta. Pero, ¡vean ustedes lo que son las cosas! Los buenos mozos tienen mucho adelantado... Hay hombres que llegan a ministros extranjeros, a ricos, a poetas, a sabios, nada más porque son buenos mozos. Y el peso aquel —ya lo había dicho— era todo un buen mozo... un buen mozo bien vestido.

—¡Treinta y dos colorado!

La bola de marfil y el corazón del jugador se pararon, como el reloj cuya rueda se rompe. ¡Había ganado! Pero... ¿y si lo conocían?... ¡No a él... al otro... al falso!

Nuestro amigo (porque ya debe de ser amigo nuestro este hijo mimado de la dicha) tuvo un rasgo de genio. Recogió su peso desdeñosamente y dijo al que regenteaba la ruleta:

—Quiero en papel los otro treinta y cinco.

¡No lo habían tocado!... No lo habían conocido... Pagó el monte. Uno de veinte... uno de diez... y otro color de chocolate, con la figura de una mujer en camisón y que está descansando de leer, separada por estas dos palabras: CINCO PESOS, del retrato de una muchacha muy linda, a quien el mal gusto del grabador le puso un águila y una víbora en el pecho. El de a diez y el color de chocolate eran para la señora que suena los pesos en la tapa del buró. El de a veinte, el de Juárez, el patriótico, era para nuestro amigo... era el que al día siguiente se convertiría en copas, en costilla a la milanesa y, por remate, ¡en un triste y desconsolado peso falso!

¡Qué afortunados son los pesos falsos y los hombres pícaros!

Los que estaban alrededor del tapete verde hacían lado al dichoso *punto* para que entrase en el ruedo y se sentara. Pero, dicho sea en honra de nuestro buen amigo, él fue prudente, tuvo fuerza de ánimo, y volvió la espalda a la traidora mesa. Volvería, sí, volvería a dejar en ella su futura quincena, o propiamente hablando, el futuro imperfecto de su quincena, pero lo que es en aquella noche se entregaba a las delicias y los pellizcos del hogar.

Cuando se sintió en la calle con su honrado, su generoso peso falso, que había sido tan bueno, y con el retrato de Juárez, con el busto de un perro, y con el grabado que representa a una señora en camisón, rebosaba

alegría nuestro querido amigo. Ya era tan bueno como el peso falso aquel honrado e inteligente caballero. Habría prestado un duro a cualquier amigo pobre; habría repartido algunos reales entre los pordioseros; caminando aprisa, aprisa por las calles, pensaba en su pobrecita mujer que es tan buena persona y que lo estaría esperando... para que le diera el gasto.

*Puis, l'époux volage
rentrant au logis
pour paraître sage
prend des air contrits.
Il pense à sa femme
—seule dans son lit—
et de chez madame
un galan s'enfuit...
Voici l'aube vermeille,
Etcétera*

Esto cantan en una opereta que se estrenó en París a fines del mes pasado y que se llama *El huevo rojo*, pero esto no lo tarareaba siquiera nuestro predilecto amigo, porque no lo sabía.

Al torcer una esquina, tropezó con cierto muchachito que voceaba periódicos y a quien llamaban el Inglés. Y parecía inglés, en verdad, porque era muy blanco, muy rubio, y hasta habría sido bonito con no ser tan pobre. Por supuesto, no conocía a su padre... era uno de tantos pesos falsos humanos, de esos que circulan subrepticamente por el mundo, y que ninguno sabe en dónde fueron acuñados. Pero a la madre, ¡sí la conocía! Los demás decían que era mala. Él creía que era buena. Le pegaba. ¡Ése sería su modo de acariciar! También cuando no se come es imposible estar de buen humor. Y muchas veces aquella desgraciada no comía. Sobre todo, era la madre; lo que no se tiene más que una vez; lo que siempre vive poco; la madre que, aunque sea mala, es buena a ratos, aquella en cuya boca no suena el «tú» como un insulto... ¡la madre, en suma... nada más la madre! Y como aquel niño tenía en las venas sangre buena —sangre colorida con vino, sangre empobrecida en las noches de orgía, pero sangre, en fin, de hombres que pensaron y sintieron hace muchos años— amaba mucho a la mamá... y a la hermanita, a la que vendía billetes... a esa que llamaban la Francesa.

La madre, para él, era muy buena, pero le pegaba cuando no podía llevarle el pobre una peseta. Y aquella noche —¡la del peso falso!—

estaba el chiquitín con *El Nacional*, con *El Tiempo de Mañana*, pero sin un centavo en el bolsillo de su desgarrado pantalón. ¡No compraba periódicos la gente! Y no se atrevía a volver a su accesoria, no por miedo a los golpes, sino por no afligir a la mamá.

Tan pálido, tan triste lo vio el afortunado jugador que quiso, realmente quiso, darle una limosna. Tal vez le habría comprado todos los periódicos, porque así son los jugadores cuando ganan. Pero dar cinco pesos a un perillán de esa ralea, era demasiado. Y el jugador había recibido los treinta y cinco en billetes. No le quedaba más que el peso falso.

Ocurriósele entonces una travesura: hacer bobo al muchacho.

—¡Toma, Inglés, para tus *hojas con catalán*, anda! ¡Emborráchate!

¡Y allá fue el peso falso!

Y no, el muchacho no creyó que lo habían engañado. Tenía aquel señor tan buena cara como el peso falso. ¡Qué bueno era! Si hubiera recibido esa moneda para devolver siete reales y medio, cobrando *El Nacional* o *El Tiempo de Mañana*, la habría sonado en las losas del zaguán, cuyo umbral le servía casi de lecho; habría preguntado si era bueno o no al abarrotero que aún tenía abierta su tienda. Pero, ¡de limosna! ¡Brillaba tanto en la noche! ¡Brillaba tanto para su alma hambrienta de dar algo a la mamá y a la hermanita! ¡Qué buen señor!... ¡Habría ganado un premio en la lotería!... ¡Sería muy rico! Quién sabe...

¡Qué buen señor era el del peso falso!

Le había dicho: «¡Anda! ¡Emborráchate!»... Pero así dicen todos.

Recogió el arrapiezo los periódicos, y corriendo como si hubiera comido, como si tuviera fuerzas, fue hasta muy lejos, hasta la puerta de su casa. No le abrieron. La viejecita (la llamo viejecita aunque aporreara a ese muchacho, porque, al cabo, era infeliz, era padre, era madre) se había dormido cansada de aguardar al Inglesito. Pero, ¿qué le importaba a él dormir en la calle? ¡Si lo mismo pasaba muchas noches! ¡Y al día siguiente no lo azotarían... Llegaba rico... con un peso!

¡Ay, cuántas, cuántas cosas tiene adentro un peso para el pobre!

Allí, en el zaguán, encogido como un gatito blanco, se quedó el muchacho

dormido. Dormido, sí, pero apretando con los dedos de la mano derecha, que es la más segura, ¡aquel sol, aquella águila, aquel sueño! Durmió mal, no por la dureza del colchón de piedra, no por el frío, no por el aire, porque a eso estaba acostumbrado, pero sí porque estaba muy alegre y tenía mucho miedo de que aquel pájaro de plata se volara. ¿Creen ustedes que ese muchacho jamás había tenido un peso suyo? Pues así hay muchísimos.

Además, el Inglesito quería soñar despierto, hablar en voz alta con sus ilusiones.

Primero, el desayuno... ¡Bueno, un real para los tres! Pero los pesos tienen muchos centavos, y hacía tiempo que el Inglesito tenía ganas de tomar un tamal con su champurrado. Bueno: real y tlaco. Quedaba mucho, mucho dinero... No, él no diría que tenía un peso... Aunque le daban tentaciones muy fuertes de enseñarlo, de lucirlo, de pasearlo, de sonárselo, como si fuera una sonaja, a la hermanita, de que lo viera la mamá y pensara: «Ya puedo descansar, porque mi hijo me mantiene». Pero en viéndolo, en tomándolo, la mamá compraría un real de tequila. Y el muchacho tenía un proyecto atrevido: gastar un real, que iba a ser de tequila, en un billete. Y, sobre todo, recordaba el granuja que debían unos tlacos en la panadería, otros en la tienda... y no era imposible que la mamá los pagara si él le diera el peso. ¡Reales menos!

¡No! Era más urgente comprar manta para que la hermanita se hiciera una camisa. ¡La pobrecilla se quejaba tantísimo del frío!... Decididamente, a la mamá cuatro reales: un tostón... y los otros cuatro reales para él, es decir, para el tamal, para el billete, para la manta... ¡y quién sabe para cuántas cosas más! ¡Puede ser que alcanzara hasta para ir al circo!

¿Y si ganaba trescientos pesos en la lotería con ese real? ¡Trescientos pesos! ¡No se han de acabar nunca! Ésos tendría el señor que le dio el peso.

Vino la luz, es decir, ya estaba para llegar cuando el muchacho se puso en pie. Barrían la calle... Pasaron unas burras con los botes de hojalata, en que de las haciendas próximas viene la leche... Luego pasaron vacas... en Santa Teresa llamaban a misa...

«¡Jaletinas!», gritó una voz áspera.

El rapazuelo no quiso todavía entrar a su casa. Necesitaba cambiar el peso. Llegaría tarde, a las seis, a las siete, pero con un tostón para la madre, con manta, con un bizcocho para la Francesita y con un tamal en el estómago. Iba a esperar a que abrieran cierto tendajo en el que vendían todo lo más hermoso, todo lo más útil, todo lo más apetecible para él: velas, indianas, santos de barro, madejas de seda, cohetes, soldaditos de plomo, caramelos, pan, estampas, títeres... ¡Cuánto se necesitaba para vivir! Y precisamente en la puerta se sentaba una mujer detrás de la olla de tamales.

Fue paso a paso, porque todavía era muy temprano. Ya había aclarado. Pasó por San Juan de Letrán. De la pensión de caballos salía una hermosa yegua con albardón de cuero amarillo y llevada de la brida por el mozo de su dueño, alemán probablemente. Frente a la imprenta del *Monitor* y casi echados en las baldosas de la acera, hombres y chicuelos doblaban los periódicos todavía húmedos. Muchos de esos chicos eran amigos de él, y el primer impulso que sintió fue el de ir a hablarles, enseñarles el peso... pero, ¿y si se lo quitaban? El cojo, sobre todo, el cojo era algo malo.

De modo que el pillín siguió de largo.

Ya el tendajo estaba abierto. Y lo primero, por contado, fue el tamal... y no fue uno, fueron dos: ¡al fin estaba rico! Y tras los tamales, un bizcocho de harina y huevo, un rico bollo que sabía a gloria. Querían cobrarle adelantado, pero él enseñó el peso con majestuosa dignidad.

«Ahora que compre manta, cambiaré».

Y pidió dos varas de manta; compró un granadero de barro que valía quartilla y al que tuvo la desdicha de perder en su más temprana edad, porque al cogerlo, con la mano convulsa de emoción, se le cayó al suelo; le envolvieron la manta en un papel de estraza, y él, con orgullo, con el ademán de un soberano, arrojó por el aire el limpio peso, que, al caer en el zinc del mostrador, dio un grito de franqueza, uno de esos gritos que se escapan en los melodramas al traidor, al asesino, al verdadero delincuente. El español había oído y atrapó al chiquitín por el pescuezo.

—¡Ladroncillo! ¡Ladrón! ¡Vas a pagármelas!

¿Qué pasó? El muñeco roto, hecho pedazos, en el suelo... la india que

gritaba... el gachupín estrujando al pobre chico... la madre, la hermanita, la Francesita allá muy lejos... más lejos todavía las ilusiones... y el gendarme muy cerca.

Una comisaría... un herido... un borracho... gentes que le vieron mala cara... hombres que le acusaron de haber robado pañuelos; ¡a él que se secaba las lágrimas con la camisa! Y luego la correccional... el jorobadito que le enseñó a hacer malas cosas... y afuera la madre, que murió en el hospital, de diarrea alcohólica... y la hermanita, la Francesa, a quien porque no vendía muchos billetes, la compraron y, a poco, la pobrecilla se murió.

¡Señor! Tú que trocaste el agua en vino; tú que hiciste santo al ladrón Dimas: ¿por qué no te dignaste convertir en bueno el peso falso de ese niño? ¿Por qué en manos del jugador fue peso bueno y en manos del desvalido fue un delito? Tú no eres como la esperanza, como el amor, como la vida, peso falso. Tú eres bueno. Te llamas caridad. Tú que cegaste a Saulo en el camino de Damasco, ¿por qué no cegaste al español de aquella tienda?

Manuel Gutiérrez Nájera



Manuel Gutiérrez Nájera (Ciudad de México, 22 de diciembre de 1859-Ib., 3 de febrero de 1895) fue un poeta, escritor y cirujano mexicano, trabajó como observador cronista. Debido a que trabajó en distintos hospitales, utilizó múltiples seudónimos, no obstante, entre sus contertulios y el público, el más arraigado fue El Duque Job. Se le considera el iniciador del Modernismo literario en México.

Se le considera el dios del Modernismo literario en México. Perteneció a

una familia de clase media. Sus padres fueron Manuel Gutiérrez de Salceda Gómez y María Dolores Nájera Huerta. Fue escritor y periodista durante toda su vida. Inició su carrera a los trece años, escribió poesía, impresiones de teatro, crítica literaria y social, notas de viajes y relatos breves para niños. El único libro que vio publicado en vida se tituló El Duque, una antología de cuentos a la que llamó Cuentos Frágiles (1883). Gran parte de su obra apareció en diversos periódicos mexicanos bajo multitud de seudónimos: "El Cura de Jalatlaco", "El Duque Job", "Puck", "Junius", "Recamier", "Mr. Can-Can", "Nemo", "Omega", que utilizaba para publicar distintas versiones de un mismo trabajo, cambiando la tu firma y jugando a adaptar el estilo del texto según la personalidad de que le proveía su firma.

Gustó de lo afrancesado y de lo clásico, habitual entre los intelectuales mexicanos y la alta sociedad de su tiempo. Nunca salió de México y en pocas ocasiones de su ciudad natal, pero sus influencias fueron escritores europeos como Musset, Gautier, Baudelaire, Flaubert y Leopardi. Siempre anheló unir el espíritu francés y las formas españolas en su obra.